XXII DOMINGO ORDINARIO A/2008

Hay en mi país un músico muy famoso que escribió una canción en la cual él dice: Cuando el sol sale en la mañana, el brilla para todos; pero no todos lo aprovechan del mismo modo. Mientras unos se despiertan con alegría para encontrar un nuevo día, a otros les pesa despertar a un nuevo día, porque se encontraran ante un problema. Mientras unos están listos a comenzar un día alegre, otros están llenos de temor por el sufrimiento y doler que les dará el nuevo día.

Esta canción describe, no una vista pesimista de la condición humana, pero una expresión de los altibajos de la vida humana. De hecho, la vida es hermosa, pero esta hecha de sacrificios y dificultades, y a veces de dolor y sufrimiento.

Las lecturas de hoy nos invitan a meditar sobre la realidad de nuestros compromisos que la mayor parte del tiempo implican el sacrificio y el sufrimiento. De hecho, cualquier compromiso aun el cual nos provee de gozo y felicidad regularmente es siempre un desafío. Es a través del sacrificio y del dolor que nos hace triunfar en nuestros compromisos.

En la primera lectura, Jeremías se queja ante Dios del resultado de su vida. Cuando Dios lo llamó, él cumplió con alegría y entusiasmo, pero todo esto se volvió una pesadilla par el. Siempre que él hablaba, sus palabras traen violencia, coraje, burla y reproche todo el día. Él preferiría no ser un profeta y ya no hablar más en su nombre. Y todo esto es imposible, porque el amor de Dios se ha hecho en su corazón como un fuego ardiente. No tiene escapatoria, sino aceptar esto sacrificio y continuar su misión.

El sufrimiento es el punto de que Jesús habla en el Evangelio de hoy. De hecho, Jesús anuncia su pasión y muerte a sus discípulos. Él les dice que él debe ir a Jerusalén a fin de sufrir, ser condenado a muerte y resucitar al tercer día. Sin embargo, esta idea no encaja la imagen que los discípulos tenían sobre el Mesías.

De hecho, se creía en la sociedad judía que el Mesías no podía sufrir o morir. En aquella perspectiva, cuando Jesús habla de su pasión y muerte, los discípulos se escandalizaron. Para ellos, el Mesías debía vivir eternamente y triunfar sobre todos sus enemigos. En esto contexto Pedro reacciona con “tal cosa no puede pasarle”. Él quiere proteger a Jesús, pero del mismo modo, él trata de llevarlo lejos del plan de Dios.

Jesús califica la reacción de Pedro como una tentación de Satán: ¡"Apártate de mi, Satanás, y no intentes hacerme tropezar en mi camino, porque tu modo de pensar no es el de Dios, sino el de los hombres”. En otras palabras, Pedro le proponía la misma cosa que el que el tentador hizo en el desierto. Él quiere disuadirlo de cumplir el plan de Dios en su vida y abrazar la cruz.

En aquella perspectiva, podemos decir que Satanás es cualquier fuerza o alguien que trata de disuadirnos del camino de Dios. Satanás es una influencia que busca hacernos volver atrás a nuestros viejos costumbres de las cuales hemos sido liberados por el Señor. Satanás es cualquier poder que trata de hacer que los deseos humanos imperen sobre los mandamientos de Dios.

Para Jesús, la realidad de su vida esta unida a sufrimiento y pasión. Él es el Mesías quien asumirá los pecados y el sufrimiento de la humanidad a fin de traer la salvación al mundo. Él tiene que morir en la cruz por amor al humanidad; él no puede evitarlo, cualquier que sea el precio a pagar.

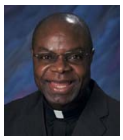
Sino fuera por Jesús, nuestra vida cristiana seria una constante batalla. Si queremos seguir a Jesús, deberíamos estar listos a negarnos y tomar nuestra cruz después de él. Es una ilusión de pensar que porque somos Discípulos de Cristo, nosotros no podemos sufrir o tener problemas. Algunas enseñanzas cristianas que vemos en la televisión hablan a menudo "de su felicidad ahora mismo". Con tales enseñanzas, corremos el riesgo de pensar que la vida es pura miel. Cuando encontramos privaciones y dificultades, esto no significa que Dios nos ha rechazado. Mejor dicho, Jesús comparte con nosotros las pequeñas cruces de nuestra vida diaria.

Por eso, Jesús insiste en negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz y seguirlo. Negarnos nosotros mismos significa decir no a nuestros propios intereses, y sí a Dios. Esto quiere decir también que hagamos de Dios nuestro principio vida y no nuestras pasiones y ambiciones. Tenemos que perder un poquito de nuestra vida a fin de ganar a Cristo. Si nosotros no sacrificamos nada de lo que hace nuestra vida presente, sería imposible tener la vida eterna. Es sólo cuando arriesgamos algo por Cristo que podemos reconquistar nuestra vida.

En otras palabras, no podemos esconder de nosotros la verdad que nuestros compromisos, tan hermosos como ellos podrían ser, requieren el sacrificio. Nuestros compromisos implican una parte de sacrificio y sufrimiento. La cruz es la parte de nuestra vida. Esto puede tomar muchas formas: quizás su cruz es una relación difícil con sus niños, su familia, o enfermedad que se ha vuelto parte de su vida, o algunas dificultades de las cuales usted no pueden deshacerse, etc.

Todo esto nos ayuda a entender la insistencia de San Pablo en la segunda lectura: no se conformen ustedes a esta era, pero transformándose y renovando su mente, para que disciernen lo que es la voluntad de Dios y lo que le complace. En este proceso, tenemos que ofrecer al Señor todo nuestro ser, es decir, nuestro espíritu, mente, y cuerpo. Este es la base del ética cristiana, a saber que, porque nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, esto se hace el instrumento por el cual tenemos que glorificar a Dios. En este sentido, la adoración verdadera es el ofrecimiento a Dios de nuestro cuerpo como sacrificio vivo y de todo lo que hacemos cada día. Oremos que Dios nos de la gracia de aceptar las cruces de nuestras vidas. Pidámosle el valor de seguir a Jesús mediante la renuncia a nosotros mismos hasta el día que nos unamos con él en el cielo. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Jeremías 20, 7-9; Romano 12, 1-2; Mateo 16, 21-27



Fecha del Homilía: el 31 de agosto de 2008
© 2008 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
El Nombre de Documento: 20080831homilia.pdf